

# Experiencia, reflexión, sabiduría

LUIS ARMANDO  
AGUILAR\*

\*Profesor del Departamento de Educación y Valores del ITESO.

Se me ha invitado dar cuenta de mi experiencia, reflexionarla y justificarla a partir de mi trabajo en el Doctorado en Filosofía de la Educación (DFE). Lo que sigue es el intento de responder a esta invitación. Lo haré en tres momentos. Primero, señalaré lo que se hace y, desde mi personal punto de vista, creo que se sabe en el programa del DFE. En segundo lugar, desarrollaré el significado de algunos conceptos que me parecen medulares para las tareas del DFE: la experiencia, la necesidad de interpretarla y de reflexionarla. El tercer momento es una reflexión final sobre la sabiduría, que, creo, es vocación de cualquier empresa filosófica, y que aquí planteo como un ideal que debería orientar la vida universitaria en su conjunto.

I

## Quehacer

Si el avasallador avance del saber científico y tecnológico ha llevado a que entre especialistas en la materia el sentido de filosofar en nuestros días resulte cuestionable, dentro de una universidad orientada a la práctica y a la tecnología parece serlo aún más. La filosofía se enfrenta a un nuevo reto: encontrar el sentido de su quehacer fuera de sí misma. Más aún: la filosofía tiene que mostrar que en este tiempo y lugar no es posible vivir ni educar sin hacer filosofía. Es necesario aprender a filosofar en un clima de diálogo interdisciplinar, sacar a la filosofía de sus nichos académicos para enraizarla en el mundo de la vida y de la práctica,

sin por ello desvirtuarla. En la práctica estas dificultades imprimen al trabajo en el DFE un carácter de tanteo y esa mezcla de insatisfacción y buen humor que brota del reconocimiento de los límites de lo posible.

En el DFE somos pocos y hacemos muchas cosas. Han sido muchos los diálogos, las búsquedas, los interlocutores: miembros del colegio académico, asesores externos, alumnos del doctorado, profesores del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y de otras universidades, amigos, profesionistas, etcétera. No han sido pocos los apoyos dentro y fuera de la universidad. Un ejemplo: la ayuda por parte de la Biblioteca para la contratación de los servicios de una base de datos que sirva para el trabajo del doctorado y de todo el Departamento de Educación y Valores.

Como asesor he intentado entender y delimitar el marco de mis tareas en los siguientes términos.

- Apoyar a los doctorantes que han solicitado mi ayuda para que sus trabajos tengan mayor consistencia, claridad, coherencia y sean significativos desde el punto de vista educativo, filosófico y social.
- Acompañar a algunos alumnos del DFE en tareas específicas que ellos desarrollan como parte de su programa. Ha sido de especial interés el ejercicio de reflexión ética sobre el Plan Nacional de Educación.
- Apoyar a departamentos, carreras y otras instancias del ITESO con mis servicios dentro de

mis posibilidades y conocimientos. La Coordinación de Administración, Economía y Finanzas del ITESO solicitó al DFE apoyo para echar a andar el seminario Ética de los negocios. Más que aprender ética como una reflexión ya elaborada que sólo es necesario aplicar, se trata de que los maestros de esta área aprendan a pensar éticamente a partir del mundo real de los negocios.

Más allá de las temáticas concretas, este modo de acompañar ha traído un aprendizaje significativo y, creo yo, fecundo para el trabajo de investigación del doctorado. La diversidad de contenidos plantea preguntas importantes acerca de los modos en que es posible reflexionar sobre ellos con la mayor profundidad posible.

En el DFE, investigar significa reflexionar la experiencia profesional, la propia y la ajena; profundizar en la nueva comprensión de la propia profesión que de ahí se desprende; extraer las consecuencias y considerar las implicaciones que se siguen de lo anterior en los ámbitos profesional y educativo. Mi trabajo de investigación ha ido cobrando contornos que se dibujan con dos grandes líneas:

- El carácter específico del pensamiento filosófico, en contraste con el pensamiento científico, así como su relación con el fenómeno educativo.
- El sentido de la palabra en el mundo contemporáneo.<sup>1</sup> Este tema está ligado a la comunicación y la comprensión humanas a través del diálogo<sup>2</sup> y del lenguaje simbólico que hacen posible la educación, sobre todo, en relación con los valores. De aquí podrá desprenderse, espero, un modelo educativo que promueva la solidaridad y la unidad.

La primera de estas líneas se desprende directamente de las cuestiones medulares que se plantean en el DFE. La segunda parte, de una necesidad detectada en los distintos ambientes educativos en los que he colaborado, donde me parece que se refleja suficientemente la realidad de nuestro país y de la cultura actual.

### Saber

La pregunta por el *saber* del DFE es una de las cuestiones que se le han planteado a su consejo académico mismo. Dada la pluralidad de perspectivas de quienes participamos en él, me parece importante subrayar que lo que sigue expresa únicamente mi punto de vista personal.

El DFE tiene su razón de ser en la búsqueda común, por parte de un grupo de educadores e investigadores especializados en diversos campos, de nuevos caminos que permitan aportar soluciones más humanas, responsables y justas a la problemática de nuestro tiempo, marcado por grandes cambios en todos los ámbitos de la convivencia que impiden hacer de la realización humana el criterio decisivo que oriente la práctica profesional y educativa.

La vocación de un programa tiene que ver con el punto de llegada que se instaura como un hito o término *ad quem* a partir del cual es posible identificar en retrospectiva hilos conductores, una trayectoria. El programa del DFE es inédito, abierto a la creatividad, en busca de su propia identidad. Es el único doctorado en filosofía de la educación que se ofrece en el país. El DFE es *sui generis*. Es doctorado, no maestría ni especialidad ni diplomado. Su programa no se propone como un posgrado profesionalizante. No centra su quehacer en la oferta de nuevos conocimientos, sino en facilitar procesos de aprendizaje de un tipo de pensamiento metadisciplinar que involucra de manera personal a quienes participan en él y los lleva a una nueva comprensión de las cosas. A diferencia de los posgrados comunes, me parece que en cierto modo el DFE va a contracorriente de la especialización profesional, en el sentido de que se propone justamente que los profesionistas pongan en cuestión los supuestos de su propia profesión, que se convierte en el campo de donde surgen sus preguntas de investigación. El modo de hacerlo será un proceso de reflexión que, por su ímpetu radical, puede ser entendida como filosófica.

En general se entiende por *filosofía de la educación* la reflexión que se orienta a dar respuesta a las preguntas que surgen en el ámbito educativo acerca

*El programa del DFE es inédito, abierto a la creatividad, en busca de su propia identidad. Es el único doctorado en filosofía de la educación que se ofrece en el país.*

de la naturaleza de la educación, sus prácticas, sus medios, sus fines, sus valores, etcétera. Se trata de un cuestionamiento radical. El programa del DFE supone que la educación es ante todo una praxis, tanto individual como colectiva, y que antes de clarificar el significado y el sentido de todos estos tópicos es necesario dar respuesta a la pregunta que interroga por los supuestos filosóficos y culturales, tal como éstos pueden ser identificados a través de la reflexión sobre la experiencia vivida. A partir de este supuesto se propone la posibilidad de aprender a reflexionar con radicalidad el propio quehacer y a replantear bajo un nuevo horizonte todo lo que se cree saber.<sup>3</sup>

El programa del DFE se ha centrado en la praxis profesional de los educadores. Por eso se llama Doctorado en Filosofía de la Educación. Se busca que esta reflexión se lleve a cabo con radicalidad, es decir: con la capacidad de identificar la raíz o razón última de sus propias creencias, modos de saber, de actuar y ejercer las profesiones. Por eso el saber del doctorado es más bien un cúmulo de preguntas que de respuestas; la pregunta por la pregunta, por el saber del saber, por el origen y el sentido del ser humano, del conocimiento, de la sociedad, de la ciencia, la tecnología, la educación, los valores. Los resultados de las investigaciones realizadas en el marco del doctorado se validan como un nuevo saber en la medida en que sean el fruto de un nuevo modo de saber: el que surge de una nueva comprensión de la realidad profesional a partir de preguntas que lleven a descubrir el fundamento y el sentido de aspectos del mundo profesional que suelen pasar inadvertidos, justamente porque se dan por supuestos. El saber del doctorado no se desprende únicamente de los alcances del intelecto. Se desprende de lo que se es capaz de ver y comprender a partir de actitudes y modos de situarse frente a la realidad que no buscan su control, manipulación o provecho. La filosofía es ante todo un modo de vivir y una actitud frente a las cosas.

El saber del doctorado se basa en una comprensión de la persona, que busca la posibilidad de su integración en todos sus aspectos. Inteligencia, voluntad, memoria, afectos, dimensión social: todo está en juego, en movimiento, en un proceso

de dismantelamiento de los supuestos, las ideas, los conceptos que las personas han venido haciendo suyos en el ejercicio profesional para identificar las experiencias más hondas, los deseos más profundos que han movido a elegir, practicar, abandonar una profesión, o a darle un nuevo cauce desde un nuevo punto de vista, “con ojos filosóficos”. Éste será el verdadero detonante, el “parto” de un concepto propio, que haga posible la visión de la realidad desde la óptica peculiar que a cada cual permite descubrir la realidad en profundidad. Este tipo de reflexión en la investigación desarrolla la capacidad de generar una praxis educativa y profesional que contribuye a la construcción de un mundo más humano y habitable.

En el DFE se supone que cualquier profesionista puede aprender a filosofar, no por la adscripción a determinada corriente de pensamiento, o por el conocimiento de los problemas que se han planteado los filósofos a lo largo de la historia, de sus respectivos enfoques y métodos, sino por la posibilidad de pensar tal como ellos pudieron hacerlo, es decir, por cuenta propia. Para ello se ofrecen modelos, paradigmas, como meros ejemplos. Lo importante es aprender a pensar filosóficamente a partir de las enseñanzas y de los problemas que plantea la propia experiencia. ¿Qué hace Platón cuando filosofa sobre el Bien?, es una pregunta mucho más radical y relevante que ¿qué dice Platón sobre el Bien y por qué? ¿Cuál fue la experiencia fundante que puso en marcha su itinerario filosófico? ¿Qué me enseña respecto de mi propia experiencia profesional, de mi experiencia de vida, de las “conmociones existenciales” más significativas, las que han implicado puntos de inflexión en mi trayectoria, que han dado lugar a cuestionamientos radicales sobre mi ser y quehacer en el mundo, sobre la sociedad y su sentido? ¿Cuál fue el motor de toda la obra filosófica de Hegel? ¿Qué experiencias humanas funda el largo itinerario filosófico de José Gaos o de Juan Jorge Gadamer? ¿Cómo aprendieron a pensarlas de un modo significativo para cualquiera? En el siguiente apartado intento aclarar el significado teórico de algunos conceptos implicados en las preguntas anteriores. Cabe hacer dos observaciones previas: esta clarificación no constituye el interés central del DFE; se

*El saber del doctorado es más bien un cúmulo de preguntas que de respuestas; la pregunta por la pregunta, por el saber del saber, por el origen y el sentido del ser humano, del conocimiento, de la sociedad, de la ciencia, la tecnología, la educación, los valores.*

trata sólo de un enfoque (que se inspira en la llamada escuela de Maréchal o del *tomismo trascendental*), que sería necesario complementar y contrastar con otros.

## II

### *Experiencia*

El término *experiencia* remite desde “los hechos”, donde reinan la razón teórica y la experiencia sensorial, a otro ámbito complejo, que abarca valoraciones últimas, que no son teóricamente racionales pero que no habría que prejuzgar que no son racionales de otra manera; opciones, expectativas, sentimientos y deseos. Estos elementos están particularmente bajo sospecha de irracionalidad, pero no está dicho que sean universalmente irracionales. El vivir humano está tejido de los elementos mencionados; más que nuestros conocimientos, son ellos lo que configura nuestras creencias y actitudes y comportamientos.

En el lenguaje común suele hablarse de *experiencia* para referirse al conocimiento obtenido por un largo trato con personas y cosas que sirve a la praxis.<sup>4</sup> En filosofía existen diversos conceptos de *experiencia*. A pesar de las diferencias entre los conceptos de Aristóteles, el empirismo moderno y el pensamiento de Kant, pueden identificarse en ellos algunos rasgos comunes: la *experiencia* implica una cierta receptividad, algo es dado en ella, es decir, algo que por lo menos no ha sido del todo elaborado por medio de procesos mentales, y lo que se conoce en la *experiencia* es algo de existencia individual, y no un concepto abstracto de contenido que muestre un contenido general. El estar dado no excluye, sino que incluye que lo dado llegue a ocurrir a través de un acontecer o actuar que en sí mismo no se da de acuerdo con el conocer. En sentido estricto, lo “dado” no es la causa, sino el resultado del acontecer que se vuelve consciente.<sup>5</sup>

La *experiencia* puede ser de tipo interno o externo. La *experiencia* externa se refiere a las cosas dadas sensiblemente —de índole cualitativa o cuantitativa— que relacionamos con la percepción que tenemos de ellas. Las *experiencias* de tipo

interno se refieren a la vivencia de ciertas operaciones y situaciones. No se trata propiamente de una intuición o visión, porque los actos y el yo como el sujeto del que brotan no son captados en una consideración directa, sino sólo se vuelven conscientes a través de la reflexión de un yo espiritual en todos sus actos. A esta conciencia espiritual, que es la condición de posibilidad de todo acto de conocimiento, se le suele llamar “*experiencia trascendental*”.

Desde otro punto de vista suele distinguirse la *experiencia* precientífica de la científica. La última se refiere a la que responde a una observación de los acontecimientos naturales que se lleva a cabo de acuerdo con un plan, normalmente con la ayuda de instrumentos especiales o experimentos en los que las condiciones de observación son introducidas de modo artificial.

La *experiencia* de las cosas está ligada a la percepción sensible o intuición, es decir al modo en que quedan impresas las cosas en el acto intelectual por la aprehensión sensible que se tiene de ellas. Intuición puede tener un significado estricto (*intuitus*) de contemplación sensible,<sup>6</sup> y uno amplio, por ejemplo, como visión de los primeros principios.<sup>7</sup> La *experiencia* trasciende a la intuición e incluye otros procesos no intuitivos. La pasividad y, por tanto, la finitud son aspectos esenciales de la *experiencia*.

Existen dos tipos de pensamiento: uno que acompaña a la *experiencia* y otro que sigue a ella. Por pensamiento se entiende una percepción intelectual que no es intuición, sino que consiste en la elaboración de lo intuitivo y en su reducción a sus últimos fundamentos. Esta definición se aplica al proceso que constituye a la *experiencia*, que va de la esencia al ser, lo que permite afirmar que el pensamiento se encuentra siempre en cada momento contenido en la *experiencia*. Se trata del pensamiento implícito en la *experiencia* y que destaca la esencia y el ser de las cosas contenidos en ella, sin separarlos. Esencia y ser son copensados con trasfondo del objeto experimentado, como reflexión concomitante, sin que puedan ser pensados directamente o reducidos a conceptos propios.<sup>8</sup>

El pensamiento explícito se da en la reflexión subsiguiente, que ya no es *experiencia* sino re-

flexión sobre la experiencia.<sup>9</sup> Este modo de pensamiento libera la esencia y el ser del objeto experimentado, separándolos de él y expresándolos en conceptos propios. Cuando el pensamiento se considera en contraposición a la experiencia, no se hace referencia al pensamiento que acompaña a la experiencia, sino al pensamiento explícito, que en último término también echa sus raíces en la experiencia y en la intuición. Toda experiencia es intuición o elaboración de una intuición. Sin este arraigo el pensamiento se perdería en construcciones conceptuales que poco tendrían que ver con la realidad.

Para lograr el esclarecimiento de la experiencia de las cosas (óptica) es necesario atender a la experiencia subjetiva de las mismas. En la experiencia del objeto ocurre siempre la experiencia del sujeto. Una y otra se presentan como dos aspectos de un mismo proceso. El sujeto se constituye al volver sobre sí mismo, asumiendo al objeto, por el que queda afectado. La experiencia del objeto sólo es posible mediante la experiencia del sujeto. En este sentido afirma Santo Tomás que el espíritu humano percibe la realidad inclinándose sobre sí mismo en la reflexión, que se cumple en una vuelta completa (*reditio completa in seipsum*),<sup>10</sup> que implica que el hombre no sólo tiene conciencia de su acto o actividad como un hecho, sino que abarca su ser, al que puede distinguir de sus propios actos.<sup>11</sup> Así se pone en práctica la identidad de ser y saber.<sup>12</sup>

La experiencia plenamente madura comprende distintos grados y modalidades.<sup>13</sup> Una auténtica recuperación filosófica de la experiencia no se pierde en su extensión cuantitativa de las vivencias o de las cosas (óptica u objetiva), sino que penetra en su fuerza cualitativa como experiencia del ser (ontológica), de su condición de posibilidad (trascendental) o de su fondo personal y amoroso como un Tú absoluto (experiencia religiosa). La experiencia de las cosas es el punto de partida para acceder a la experiencia metafísica y religiosa, que son el desarrollo de la primera. Para poder aprovechar exhaustivamente la riqueza de la experiencia humana es necesario hacer experiencias con la experiencia.

La experiencia se desarrolla mejor con otras experiencias múltiples que con otras consideraciones teóricas. La misma vida nos conduce a la escuela universal de la experiencia. La vida somete al ser humano irremediabilmente a intensas alegrías y tristezas, dolores, fracasos y logros, y lo convierte así en personas experimentadas. En lucha con las situaciones que se le van presentando, cada persona aprende qué es y qué puede ofrecerle la vida, qué hay detrás del ser humano en general, de los demás y de sí mismo en cuanto ser humano. Pero la vida no se desarrolla en una sola dirección. En vez de conducirnos a su profundidad puede cerrarnos el acceso a ella, de tal modo que podemos llegar a concluir que la vida carece de profundidad. Llegar a estar decepcionado de la vida cierra más a la experiencia que el hecho de ser inexperto, cuando todavía es posible aprender de la propia experiencia. La persona puede recuperar su experiencia, abrirse a su profundidad, haciendo nuevas y más intensas experiencias.

Algunas experiencias parciales de la vida pueden abrir el acceso a la profundidad. Por ejemplo, la experiencia religiosa viva y encarnada; el arte surgido de una auténtica experiencia estética que, a su modo, contempla de forma inmediata, en lo aparente y latente, la experiencia trascendental. También la filosofía contribuye a la maduración de la experiencia humana, siempre que no se detenga en un pensamiento conceptual y en razonamientos abstractos, sino que se remonte a la experiencia trascendental de la que se alimenta el pensamiento y sin la que se pierde en construcciones vacías. La filosofía que pretenda ser científica ha de desarrollarse como reflexión que sigue a lo experimentado. De este modo la filosofía manifiesta la experiencia que ya se ha tenido, junto con su reducción o vuelta trascendental, evidenciando así la filosofía precientífica que brota de la vida misma. La filosofía logra de este modo hacer consciente al hombre de la fuerza de su propia experiencia y le impulsa a recorrer y realizar todos sus estadios o a emprender la experiencia de su experiencia, es decir a recuperar su experiencia. Este tipo de desarrollo de la experiencia supone la memoria, que conserva y resucita experiencias

anteriores, las combina con lo actualmente experimentado, para enriquecerlo y conducirlo a la mayor madurez posible.

La memoria es lo que asegura la permanencia de nuestras experiencias en todo momento. No es en primer lugar la facultad de clasificar y distribuir los recuerdos de forma metódica y selectiva, como una agenda o calendario interior, sino el modo en que se va presentando la vivencia del mundo y de la vida. La memoria es la expresión de nuestra persona, en la que nada se pierde, “un medio infinitamente susceptible en el cual la menor vibración despierta sonoridades penetrantes y prolongadas”.<sup>14</sup> Una especie de obstinación de nuestras experiencias por sobrevivir. Es aquello que, en todo momento, forma y da continuidad a las vivencias de cada persona en la urdimbre de sus innumerables contenidos. Es recreación o reedición activa del pasado, más que su registro. Es la conservación de lo permanente en el devenir. El pasado califica imperceptiblemente nuestro ser actual. Lo podemos evocar en todo momento, incluso cuando su conservación es el resultado de una inferencia del recuerdo inmediato. No es posible representar la sobrevivencia del pasado en nosotros. Lo que define la memoria es su conservación creadora. Al recuperar la práctica recreamos lo que se ha conservado en nosotros, y, en ese sentido, la recuperación es un modo de reedición de nuestra vida, en el entramado de decisiones y relaciones que le dan unidad.

Al retomar la experiencia hacemos cortes o disecciones en la dimensión espacio-temporal. La tercera dimensión es el entramado de relaciones sociales, de valores, actitudes y prejuicios personales, un momento, acaso decisivo, de la historia de nuestro propio deseo de existir y de afirmar nuestro ser. Es importante tomar conciencia de los diversos planos que se sobreponen o entrecruzan como condicionamientos internos y externos de la práctica. La intención pragmática debe considerar estos aspectos y detenerse en su análisis sólo en la medida en que sean factores decisivos para la comprensión de lo que se quiere modificar o esclarecer.

Cuando el propósito de la recuperación es la comprensión profunda de un aspecto de la activi-

dad profesional o incluso de la misma profesión, la recuperación equivale a una reflexión filosófica en la medida en que saca de la ingenuidad, de las ilusiones y de los presupuestos en los que solemos vivir, de modo que quedamos enfrentados a la nuda realidad. Dado que siempre podremos descubrir nuevos datos, relaciones e implicaciones, la reflexión filosófica no tiene fin. “Todo fenómeno analizado está rodeado de un horizonte que permanece en la sombra, implícito; a medida que mi mirada se mueve, el horizonte retrocede, pero aparecen indefinidamente nuevas sombras.”<sup>15</sup> El horizonte es el mundo, horizonte de los horizontes que rebasa toda tematización. La recuperación filosófica de la experiencia siempre deja un residuo no explicitado. El mismo análisis se integra a la experiencia, forma parte de ella y la transforma. Por eso parece contradictoria una recuperación exhaustiva de la experiencia. En el momento en que reflexiono no puedo reflexionar sobre el mismo acto de reflexión.

### *Experiencia e interpretación*

Toda experiencia es experiencia interpretada. Experimentar quiere decir tener contacto directo con personas y con cosas. Es la capacidad de elaborar percepciones. Si bien reconocemos una diferencia entre lo objetivo y lo subjetivo, ya nos hemos percatado de que el dualismo cartesiano entre sujeto y objeto resulta insostenible. Nuestras experiencias reales no son ni puramente objetivas ni puramente subjetivas. No son subjetivas porque no podemos cambiar arbitrariamente una cosa en otra. Al menos en parte existe un “dato” que no podemos manipular o modificar arbitrariamente. En la experiencia se nos presenta una “oferta de realidad” (Schilleebeckx). Tampoco son puramente objetivas, porque la experiencia aparece siempre coloreada de sensaciones, recuerdos, proyectos, deseos de la persona que tiene la experiencia. Los datos irreductibles de nuestras experiencias forman un conjunto en el que existe previamente un mundo interpretado, unos esquemas y una manera de interpretar. Experimentamos interpretando, sin que podamos trazar una clara línea divisoria entre el momento de la experiencia y el de la inter-

pretación. En las experiencias precríticas los modelos quedan ocultos, no reparamos en ellos. En toda experiencia hay un momento de construcción humana.

Gracias a que la realidad se nos resiste, se abren nuevas perspectivas de comprensión de lo experimentado, muchas de ellas sorprendentes e inesperadas. La experiencia real es fecunda cuando se someten a crítica las ideas obtenidas, cuando la realidad se nos resiste, cuando se observa de repente en un nuevo contexto algo de lo que ya se tenía experiencia. El aspecto resistente de la realidad es fecundo cuando se frustran los proyectos y se ve la necesidad de volver a comenzar de nuevo, por tanteo, por prueba y error, con gran respeto ante las cosas que nos ofrecen resistencia y, al mismo tiempo, nueva orientación.

La manifestación de la realidad en la capacidad humana de proyectar y experimentar nunca se lleva a cabo en el recurso exclusivo a la experiencia. La experiencia tendrá autoridad en la medida en que se manifieste resistente. La intensidad y autoridad de la experiencia vital culmina en y a través de las experiencias finitas del ser humano.

La cualidad de la vivencia no es la medida sino lo medido; el valor de las nuevas experiencias depende de la misma realidad que nos sorprende, que siempre aparece como algo distinto de lo que pensamos. Cualquier contenido de experiencia es objeto de expresión. Una experiencia nueva es también un hecho del lenguaje y, por eso, de alguna manera, expresable en el lenguaje. Por eso es posible la comunicación de la experiencia. Quien ha tenido una experiencia se convierte en testigo de algo, tiene algo que contar, tiene un mensaje, cuenta lo que ha ocurrido. El nuevo relato abre a los demás una nueva posibilidad de vida, pone algo en movimiento. Al ser narrada, la experiencia se hace operativa. Esto ocurre en buena medida a través de la reflexión. Reflexionar significa en este contexto pensar en los presupuestos, poner en cuestión el mundo sociocultural de la persona. Por una parte, la vinculación a una tradición cultural de experiencia hace posible la comprensión de lo vivido y narrado. Pero por otra la limita, dado su carácter selectivo que orienta de antemano las

nuevas experiencias en una dirección. En su orientación, la comprensión está limitada por las características de la propia tradición.

La autoridad de una experiencia es una competencia que tiene su origen en unas experiencias y apunta a otras nuevas en una cierta dirección. Sólo cuando todos los intentos de integrar los elementos de una experiencia fracasan se ve la necesidad de cambiar radicalmente la propia convicción. Este tipo de experiencias conducen a la persona a tomar distancia. A través de los distanciamientos descubrimos lo que nos es familiar, pero lo vemos de un modo que nos resulta sorprendente. Lo nuevo implica un conocer de nuevo.

En el distanciamiento no queda eliminado el sujeto, sino que constituye un elemento fundamental en el propio conocimiento; aun cuando supere todas nuestras expectativas, presenta lo nuevo de un modo que nos resulta familiar y hasta esperado. Lo nuevo no es lo radicalmente diferente, dado que nosotros somos parte de esa realidad que se abre ante nosotros. La realidad se nos muestra de tal forma que sólo podemos reconocer esa manifestación de lo que nos es familiar por el distanciamiento frente a nosotros mismos.

#### *Recuperación de la experiencia profesional<sup>16</sup>*

La experiencia profesional de un educador es un tejido de prácticas, concepciones, interpretaciones y opciones vinculadas al ámbito educativo. Este ámbito tiene sus propias peculiaridades: como experiencia de enseñanza–aprendizaje, como procesos de interacción que ocurren dentro del aula, como maneras de acumular, significar y transmitir conocimientos, etcétera. En todos estos campos, los profesionales van detectando problemas que exigen de ellos una mayor profundización en los campos disciplinares pertinentes, que van desde la pedagogía, la teoría de la educación, la historia, la sociología, la antropología, la filosofía, hasta la economía e incluso la teología. La reflexión filosófica no privilegia *a priori* ninguno de estos ámbitos. Más bien pone de relieve el significado y el sentido general de que se presente en alguno de ellos a través de la caracterización, lo más precisa

*A través de los distanciamientos descubrimos lo que nos es familiar, pero lo vemos de un modo que nos resulta sorprendente. Lo nuevo implica un conocer de nuevo.*

posible, de un auténtico problema en el intento de lograr la mayor lucidez sobre su significado más profundo para la persona, la comunidad, la sociedad.

La reflexión conduce a una nueva comprensión de la propia profesión. El resultado de una reflexión filosófica sobre la propia práctica profesional está constituido por un conjunto de interpretaciones y conduce a su vez a una interpretación general del tejido de elementos que constituyen la experiencia educativa. El grado de generalidad es decisivo, en la medida en que la plasmación, la articulación y el esclarecimiento de la propia experiencia adquieren relevancia como experiencia humana, pasando de este modo del ámbito puramente subjetivo al de la convalidación y significación intersubjetivas. Por “nueva comprensión de la propia profesión” se entiende la interpretación de la misma en la perspectiva de la explicitación de sus supuestos, tanto socioculturales como epistemológicos, gnoseológicos, antropológicos, éticos y educativos. Se trata de un nuevo esclarecimiento de la profesión en tanto que dedicación a un conjunto de actividades que le dan sentido como una forma de trabajo humano.

La reflexión filosófica extrae las consecuencias de la nueva comprensión de la profesión y de la práctica educativa y analiza las posibles implicaciones. Toda comprensión nueva del propio quehacer tiene consecuencias. La explicitación de sus supuestos puede conducir a un cuestionamiento más o menos radical de los mismos; a considerar la propia práctica profesional en el horizonte de comprensión más amplio de los problemas que plantea una disciplina, una pedagogía, un modo de desarrollar un diseño curricular, de plasmar una filosofía educativa y los caminos para darle vida dentro de las instituciones; a replantear la inclusión, la forma de establecer la seriación de determinadas materias o la relación maestro-alumno. El alcance de las implicaciones depende en buena medida del alcance de las preguntas planteadas, del rigor en el seguimiento sistemático de las posibles respuestas, de la claridad y precisión de las distinciones conceptuales necesarias y, sobre todo, de la medida en que tanto las preguntas como el modo de proceder en la búsqueda de las posibles respuestas van sostenidos por un esfuerzo riguro-

so por alcanzar un pensamiento propio que, en diálogo respetuoso con la tradición del pensamiento filosófico, permanece fiel a la realidad, de principio a fin de la investigación.

### *Reflexionar la experiencia*

No es posible dar cuenta de la experiencia sin reflexionar sobre ella. Dar cuenta es un modo de darse cuenta, es decir de reflexionar sobre lo vivido. Además, siempre que comunicamos alguna experiencia lo hacemos por medio del lenguaje, que en cierto modo es un modo reflexionado de la cultura sobre sí misma. Por otra parte, todo recuento de la experiencia es consciente en mayor o menor medida. Cualquier “método” explícito para reflexionar la experiencia es el esfuerzo por acceder al sentido de lo que aparece en nuestra conciencia como algo dado, inmediato, de la experiencia desligada de toda actividad reflexiva. La práctica de la meditación ofrece testimonios importantes de una experiencia no reflexiva de la conciencia. En la historia del pensamiento, enfoques epistemológicos como el empirismo, el positivismo o la fenomenología han partido del supuesto de que es posible un acceso directo a la realidad, concebida como aquello que se puede observar y medir, como un conjunto de elementos en relación o como el mundo de los fenómenos.

La experiencia vivida no siempre vuelve a la conciencia como mero dato inmediato. La memoria de lo vivido es la memoria de lo que nos ha pasado, y eso pasa por el cedazo de lo que hemos vivido, sentido, percibido, comprendido y pensado de cuanto ha ocurrido. La experiencia se compone de la combinación de todos estos factores. Cada uno de ellos abre a nuevos ámbitos de realidad, y cada uno remite, a su vez, al mundo de experiencias de quien ha vivido, a los modos particulares de sentir, ver, aprender y comprender lo vivido por cada cual. La experiencia comunicable sólo puede ser experiencia reflexionada.

Por otra parte, el grado de reflexividad con que es posible compartir la propia experiencia es variable; la experiencia puede ser reflexionada en menor o mayor medida y de múltiples maneras. Todas ellas suponen un grado de conciencia, del



*Filosofar a partir de la propia experiencia es el intento de una crítica y de una comprensión de la realidad a partir de la propia tradición, en diálogo con ella a partir de las propias preguntas.*

que es posible dar cuenta y justificar. Hay aspectos de la experiencia que sólo se vuelven conscientes al ser relatados a otros. Es posible dar cuenta de algunas acciones e intenciones. Pero esto tiene dos grandes momentos, que definen su posible justificación. No es lo mismo reflexionar y justificar una acción o un curso de acciones antes que después de que hayan ocurrido. Además, hay acciones que no es posible justificar. La experiencia compartida tiene diversas condiciones: el lenguaje, el deseo, la claridad sobre sí mismo y sobre lo que ha ocurrido, la capacidad de comprensión que se supone por parte del interlocutor o el destinatario, etcétera. El punto de partida de toda comunicación es el hecho de que nunca pensamos de forma solitaria. Al pensar, discurrir y argumentar pretendemos que lo que pensamos sea válido y convalidado por otros. Karl-Otto Apel ha constatado que la estructura del pensamiento es siempre la de un discurso realmente argumentativo.<sup>17</sup> La razón es dialógica: pensamos dialogando.<sup>18</sup> En este sentido la recuperación de la experiencia presupone a la comunidad en la que valida y cobra sentido el resultado de nuestra reflexión.

Reflexionar sobre la propia experiencia encierra un gran reto: supone que lo que se diga sobre lo hecho no se deslizará ni por una pendiente psicológica (como proceso de clarificación, interpretación y comprensión de vivencias y conflictos), ni por otra de tipo ético (como análisis, valoración o justificación de las acciones humanas), ni por una de tipo espiritual (como proceso de liberación del sujeto en su relación consigo mismo, con los demás y con Dios).

La reflexión sobre la experiencia supone ciertas disposiciones por parte del sujeto: lucidez, honestidad, capacidad de distanciamiento respecto de sí mismo, es decir una cierta “dislocación del yo” de cara a los otros y a la realidad en que se está inserto. Este tipo de distanciamiento es condición indispensable de todo ejercicio hermenéutico.<sup>19</sup>

El ejercicio de pensar es de suyo uno de los retos más grandes que se presentan al ser humano. Tomás de Aquino constataba que, a lo largo de la historia, en muy contadas ocasiones se ha encontrado respuesta adecuada a los problemas

filosóficos y ello no sin mezcla de error. La filosofía se ha propuesto pensar la realidad del mundo, del hombre y de Dios tomando como punto de partida la experiencia humana en general. La división de las escuelas y corrientes del pensamiento se pone en juego frente a esta disyuntiva: el punto de partida de todo conocimiento. No basta con afirmar que ese punto de partida es la realidad. Hay que permanecer fiel a este principio y demostrarlo en el esfuerzo sostenido del pensamiento, en realidad, de toda la persona.

Si, por otra parte, se hace el intento de partir de las propias prácticas para poner en cuestión el saber que las sustenta y sus consecuencias para la vida, se presenta una dificultad peculiar a la tarea del pensamiento: la de convertir la propia e idiosincrática experiencia en modelo de toda experiencia humana. En la historia del pensamiento se intentó superar esta dificultad haciendo referencia no al sujeto que conoce, sino a las condiciones que hacen posible que cualquier sujeto conozca. Así se estableció la distinción entre la experiencia del “yo” que cada persona experimenta y expresa en la realización de sus actos conscientes dentro de sus circunstancias particulares (llamado “yo empírico”) y el “yo” que sólo puede ser conocido de modo indirecto, a partir de la determinación de las condiciones de posibilidad de su existencia como sujeto que puede conocer, y de todas sus experiencias posibles (llamado “yo trascendental”<sup>20</sup>).

Son conocidas las falacias en las que fácilmente se puede incurrir a partir de la formulación de un argumento que universaliza el significado de experiencias singulares.<sup>21</sup> Así es posible que a partir de la propia experiencia del absurdo y del sinsentido sea posible afirmar: “el hombre es una pasión que se consume inútilmente”; o que a partir del sentimiento de la constante amenaza de la muerte, se llegue a la convicción de que “el hombre es un ser-para-la-muerte”. La historia de la filosofía está llena de este tipo de afirmaciones. Como tarea del pensamiento, la filosofía encuentra uno de sus retos en enfrentar el valor de verdad o falsedad de los asertos que afirman algo sobre la naturaleza de las cosas, tomando en serio a sus interlocutores, sin descalificarlos por la vía de

su explicación psicológica, sociológica, etcétera. Esto supone que las reflexiones que sean significativas para el sujeto que reflexiona a partir de ellas lo serán así mismo para cualquier persona.

Lo que está en juego desde el punto de vista de la validez de una reflexión filosófica es que la recuperación de la propia y peculiar experiencia haga posible una interpretación que permita descubrir su significado humano en cuanto tal. Así, las *Meditaciones* de Marco Aurelio, las *Confesiones* de San Agustín, Los *pensamientos* de Pascal, las *Confesiones de un saboyano* de Rousseau o los *Sueños de un seductor* de Kierkegaard han llegado a adquirir reconocimiento como obras del pensamiento gracias a que es posible que en ellas se reconozcan numerosas personas en muy diversos contextos pero a partir de experiencias semejantes, precisamente porque hay en ellas resonancias de lo humano en cuanto tal. En este sentido, es posible afirmar que “la paradoja fundamental de la filosofía es la reunión en una sola cosa de la libertad, del misterio privadísimo de sí mismo y sus impulsos, junto con el orden, la publicidad casi perfecta de las palabras más claras... Ciencia, totalidad y vida individual y misteriosa, en la responsabilidad ante el Absoluto, se sueldan en la filosofía”.<sup>22</sup> En la filosofía se sueldan ciencia, totalidad y vida individual, en su misterio y peculiaridad.

La antropología filosófica está arraigada en la propia biografía de quien la produce, en su capacidad de reflexionar sobre ella y en los elementos con que cuenta para hacerlo: actitudes, disposiciones, conocimientos, un cierto talante y capacidad intelectual. El filósofo se plasma en sus obras. Fichte decía que se filosofa como se vive. El ejercicio de apropiación de la experiencia de la vida vivida propiamente no tiene fin. El sujeto no es transparente a sí mismo. Por eso la reflexión filosófica que se basa en la certeza cartesiana del “yo pienso” (“*cogito*”) ha de ser sustituida por otra que parta del largo recorrido a través de las acciones, obras, palabras en que un sujeto ha ido plasmando su vida. La “reflexión” es así *recuperación de la propia experiencia*.<sup>23</sup> Como ha visto Paul Ricoeur, el instrumento privilegiado para lograrlo es la narración.<sup>24</sup> Así la propia experiencia, la compren-

sión de su significado y de los supuestos que la sustentan se convierte en auténtico problema filosófico.

La propia experiencia profesional es objeto de una reflexión filosófica en la medida en que es posible detectar, esclarecer e interpretar el sentido general de sus momentos más significativos, los hilos conductores, motivos, preguntas, intereses, preocupaciones del quehacer profesional a lo largo de un trayecto temporal. Todos estos elementos pueden ser entendidos como aspectos de una misma experiencia de inquietud radical. La reflexión abarca la descripción de ciertas experiencias, su esclarecimiento a través de la interpretación de su significado, el relato de lo vivido y la explicitación y crítica de los propios supuestos. En la medida en que la reflexión logra un grado de acotamiento de todos estos aspectos en la expresión de una temática, de un problema específico, del planteamiento general de una cuestión de relevancia filosófico-educativa, la reflexión adquiere un carácter específicamente filosófico. Filosofar a partir de la propia experiencia es el intento de una crítica y de una comprensión de la realidad a partir de la propia tradición, en diálogo con ella a partir de las propias preguntas. Filosofar desde la experiencia personal es pensarse dentro de una tradición, es criticar y comprender lo que se vive en el mundo en que se busca orientación y sentido.

### *Sabiduría*

El desarrollo científico y tecnológico está fuertemente arraigado en la posibilidad de experimentar. El experto sabe cómo se hacen las cosas que funcionan para alcanzar determinados fines, sabe manipular el mundo. El científico parece encarnar cada vez más el lugar del sabio. Científico ha llegado a ser sinónimo de sabio.<sup>25</sup> La sabiduría se ha asociado a un amplio saber especializado. La sabiduría como un saber vivir está más vinculada a la manera de aprender de la propia experiencia de la vida que a la erudición o al saber técnico especializado. Tiene que ver con la sencillez y la capacidad de descubrir y disfrutar de las cosas va-

*Filosofar desde la experiencia personal es pensarse dentro de una tradición, es criticar y comprender lo que se vive en el mundo en que se busca orientación y sentido.*

lios. El sabio sabe qué es lo importante y lo hace. Esto supone la capacidad de reflexionar y de saborear la propia experiencia.

Desde tiempos de Sócrates es posible calificar un modo de saber como sabiduría: el saber del no saber. La manera en que buscamos comprender lo otro, lo desconocido, lo que ignoramos y, al parecer, siempre ignoraremos; el no saber del ser humano respecto de su propio lugar en el mundo.<sup>26</sup> Se trata de un saber no-saber que muestra su fecundidad en la medida en que sabe asignarle a cada cosa su lugar dentro del orden que le corresponde dentro del conjunto. La sabiduría es el saber de lo esencial: las razones y el sentido últimos de las cosas. La contemplación y el juicio de todas las cosas a la luz de lo definitivo. La sabiduría descubre lo humano y lo plasma en obras y en acciones.

“No el mucho saber es lo que harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente.” En este modo de sabiduría propuesto por Ignacio de Loyola<sup>27</sup> hay una clara resonancia de lo esencial que se saborea cuando las muchas cosas (*multa*) son cribadas para dejar sólo “lo mucho” (*multum*):<sup>28</sup> lo esencial en la vida de cada cual, que se aprende dentro del caudal de tradiciones que alimentan a una cultura y refluye sobre ella. El cultivo de tradiciones en las que es posible buscar y encontrar sabiduría parece particularmente difícil cuando todo el empeño se pone, como ocurre en el mundo moderno, en desarrollar y aplicar el tipo de racionalidad técnica e instrumental que está en la base del desarrollo de la ciencia y de la técnica. En este contexto, un modo de encarnar el ideal de una universidad que busca la sabiduría<sup>29</sup> es la formación de una comunidad formada por personas que alcanzan este tipo de conocimiento interno —que se expresa en actos, actitudes y estilos de vida—, que son capaces de acompañarse en su descubrimiento y de compartir el gozo de aprender, de enseñar y de vivir. En un mundo marcado por la diversidad de saberes fragmentados y orientado por profesionales que desconocen la razón de ser y el sentido de su propio quehacer, entiendo las tareas del DFE como una modesta contribución a la búsqueda de auténticos senderos de sabiduría.

## Notas

1. Éste es el título de un trabajo de próxima aparición en una revista especializada.
2. El trabajo “Construir comunidad argumentando” se publicará próximamente.
3. A este respecto resulta esclarecedora la definición de pensamiento que propone Jesús Vergara: “Pensar es la dilatación de un horizonte en que nosotros y nuestro mundo tenemos ya un significado, hasta otro horizonte en el cual, a través de una libertad cualitativamente diferente, somos capaces no sólo de escoger entre un objeto y otro, sino de replantear todo desde ese nuevo horizonte alcanzado.” “Necesidad del pensar filosófico en la profesión”, en *Reglones*, año 16, núm.50, Guadalajara, diciembre-marzo de 2002, pp.5-6.
4. Es significativo observar que en alemán el sentido etimológico de la palabra *erfahren* (experimentar) se refiere a alcanzar o enterarse de algo al andar o caminar.
5. Cfr. Brugger, Walter. *Philosophisches Wörterbuch*, Herder, Friburgo, 1976, p.89.
6. Cfr. Aquino, Tomás de. *Sent.* 1.d.3 q.4 a.5.
7. Cfr. Aquino, Tomás de. *S. Th.* q.79 a.8 y a.12.
8. Cfr. Lotz, Johannes. *La experiencia trascendental*, Biblioteca de Autores Cristianos, 1982, p.50.
9. Cfr. *Ibidem*, p.51.
10. Cfr. Aquino, Tomás de. *Ver.* q.1, a.9.
11. Cfr. Lotz, Johannes. *Op. cit.*, p.54.
12. Cfr. Coreth, Emmerich. *¿Qué es el hombre?*, Herder, Barcelona, 1985, p.210.
13. Cfr. Lotz, Johannes. *Op. cit.*, pp. 265-271.
14. Jankélévitch, Vladimir. *Henri Bergson*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1962, p. 17-18.
15. Cfr. Robberechts, L. *El pensamiento de Husserl*, FCE, México, 1968, pp. 59-60. La reflexión sería filosófica en el sentido de la fenomenología. El autor de esta esclarecedora introducción a Husserl caracteriza la filosofía de este autor por la prerrogativa que éste atribuía a la filosofía, de reactivar las significaciones, instaurar sentido donde no lo hay, ser expresión del mundo.
16. Los puntos siguientes de este artículo están directamente relacionados con el ejercicio de la recuperación de la experiencia, que en el DFE se ha plan-

teado como problema filosófico. En otro trabajo será tratado más ampliamente.

17. Para Apel es necesario superar el solipsista “yo pienso” en el que se basa la filosofía moderna, por el comunitario “yo argumento”, porque el hecho de la argumentación supone y expresa el reconocimiento recíproco de los interlocutores. Por eso “yo argumento” equivale a “nosotros argumentamos”. El discurso no se justifica por el uso lógicamente correcto del entendimiento individual, sino por la exigencia de reconocimiento recíproco de las personas como sujetos de la argumentación lógica. *Cfr.* Apel, Karl-Otto. *Transformación de la filosofía*, t. II, Taurus, Madrid, 1985, pp. 380-381.
18. El libro de Ladislaus Boros *Pensar dialogando* (Verbo Divino, Navarra, 1974), ofrece un bello testimonio de una experiencia recuperada en diálogo con grandes pensadores.
19. Ricoeur, Paul. “La función hermenéutica del distanciamiento”, *Del texto a la acción*, FCE, Buenos Aires, 2001, pp. 95-110.
20. El término trascendental fue introducido a la filosofía por Emmanuel Kant, en su *Crítica de la razón pura* (1981) (A, 132,) para caracterizar el método y el contenido de su crítica del conocimiento. La tesis central de Kant es que es posible mostrar que existen condiciones de posibilidad necesarias, y por eso de validez universal, de la referencia a objetos del conocimiento humano. La distinción entre un “yo empírico” y un “yo trascendental” parte del supuesto cartesiano de la evidencia de la propia autoconciencia. En la medida en que un yo tiene conciencia de sí está necesariamente en condiciones de adscribirle las diversas impresiones y percepciones que le son dadas por los datos sensibles como sus propias representaciones.
21. Los argumentos *ad hominem* buscan legitimar su validez por apelar a la experiencia de todos los hombres.
22. García-Baro, Miguel. *La verdad y el tiempo*, Sígame, Salamanca, 1993, pp. 24-25.
23. Tema que desarrollo en un trabajo de próxima publicación.
24. Ricoeur, Paul. “El modelo del texto: la acción significativa considerada como un texto”, en *Del texto a la acción*, op cit, pp. 169-195.



25. Es significativo observar que en francés suele designarse indistintamente al sabio y al científico con el término *sauvant*.
26. *Cfr.* Gadamer, Hans-Georg. “Von Wort zum Begriff”, *Gadamer Lesebuch*, Mohr Siebeck, Tübingen, 1995, p.101.
27. Loyola, San Ignacio de. *Ejercicios espirituales*, núm. 2.
28. De acuerdo con el adagio latino que compendia esta idea: “*non multa, sed multum*”.
29. Así lo afirmó el rector del ITESO, P. Ing. Héctor Acuña Nogueira S.J, al tomar posesión de su cargo: “Para que el ITESO camine hacia esta meta es necesario avanzar en tres aspectos, a mi juicio estratégicos, para consolidar la estructura universitaria de la institución: la formación concebida más como sabiduría que como acumulación de conocimientos, la revisión curricular centrada en los procesos de aprendizaje y la centralidad comunitaria de los profesores”. *Cfr.* Héctor Acuña Nogueira SJ, Mensaje 8 de enero 2002, p.7.